

canos, que eran ya entonces mas de veinte. Este piadoso estratagemá tuvo todo el buen éxito que se prometia el misionero. La vergüenza y el sentimiento, sucedió en el corazon de sus neófitos al despecho y al amor de la novedad. Fuéronle á rogar repetidas veces que volviese; pero tuvieron por toda respuesta, que desagrasiasen primero á Dios ofendido de su infidelidad. Para este efecto determinaron hacer una procesion de sangre, como penitencia pública de su pecado, y de un gran trecho de la Iglesia, vinieron á ella azotándose réciamente, capitaneados del cacique revoltoso. Despues de lo cual, rogaron otra vez al padre que volviese, como lo ejecutó con extraordinarias demostraciones de regocijo y mayor consuelo del celoso pastor. Confesáronse los mas, y otros quedaron en hacerlo en una festividad cercana.

Supersticion  
acerca de los  
cometas.

No dió ménos pena á este y á los demás misioneros desvanecer las vanas preocupaciones de los indios acerca del cometa que este año se dejó ver por mas de un mes ácia el occidente. Ello es cierto que sea lo que fuere la causa de esta ridícula aprehension, en todas las naciones del mundo las gentes ménos cultas é instruidas han sido llevadas á creer que los cometas son un presagio fatal de pestilencias, de muertes y otras calamidades públicas. En vano se han cansado los físicos y los críticos á mostrar, ya por la naturaleza, ya por la indiferencia de los sucesos, la inocente aparicion de este género de fenómenos; el mismo respeto con que miran los hombres las cosas celestiales, y la misma debilidad de su ser, dice un hábil inglés, les hará siempre interpretar siniestramente cualquiera novedad que noten en los cuerpos superiores. Esto, que es tan comun á todos los paises, era entre los indios de la laguna con un extremo que habia llegado hasta hacerles celebrar un sacrificio con estrañas ceremonias para aplacar la cólera de los cometas. Nuestros lectores no se desagradarán de una circunstanciada relacion de esta especie de culto que sacaremos de una carta del padre Diego Diaz de Pangua, misionero de aquel pais, al padre Martin Pelaez, rector del colegio de México. Los sacerdotes del sacrificio son algunos viejos hechiceros, ó que hacen profesion de tales, y que pasan tambien por los curanderos ó médicos de la nacion. Luego que comienza el astro á aparecer por el horizonte, traen en algunos cestillos pescados, mesquite y otras frutas de que ellos se mantienen. Ponen en medio del pueblo una hoguera á que solo se acercan los sacerdotes. Todos los demás forman al derredor una gran corona. Allí queman aquellas viandas para que

resueltas en humo puedan subirse hasta el cielo. Para que suba el humo derecho, cuatro de los ancianos mas venerables entre ellos con otros tantos abanicos ó especie de aventadores muy anchos, soplan á compáz por los cuatro lados de la hoguera: si sube derechamente el humo se cree ser acepto al cielo su sacrificio y haber apartado de su pueblo la calamidad que amenazaba, y celebran hasta el amanecer un baile con las colas de coyotes ó algun otro animal en las manos, á semejanza de la que tienen ordinariamente los cometas. Si en el tiempo del sacrificio algun aire violento viene á levantarse y disipar el humo, se tiene por un presagio infeliz que excita en toda la asamblea un llanto ruidosísimo. Despues de haberse dado algun tiempo al dolor y á las lágrimas, todos los sacerdotes que asisten deben picarse los brazos y el pecho con unas espinas hasta correr la sangre. El mas anciano de todos tiene cuidado de recogerla en algun plato ó escudilla, la mezcla con otro tanto de agua, y busca en todo el concurso una doncella de nueve ó diez años á quien cortar el cabello. Formando un hisopo comienza á dar vuelta al rededor de la hoguera rociando el aire con aquella sangre y agua, dando al mismo tiempo espantosísimos bramidos, tres al Oriente, tres al Poniente y otros tantos al Norte y Mediodia. Tal era la ridícula supersticion de los indios de la laguna, cuya relacion concluye así el citado padre Pangua: Quiera Dios que no les suceda lo que temen de que venga sobre ellos alguna enfermedad ó epidemia, porque todo lo ha de pagar la cristiandad, á que atribuyen todos sus malos sucesos, y así es grande la dificultad en algunos en que quieran bautizar sus hijos, porque dicen que se mueren luego, y que los mozos no llegan á viejos con ellos si se bautizan.

Llevado de esta perniciosa aprehension uno de los mas ancianos del pueblo, jamás habia querido rendirse á los consejos é instancias de su ministro que le pedia se bautizase. Confirmaba su falsa persuacion en el consejo de tres niños que en los dias inmediatos habian muerto poco despues de bautizados. Así pasaba, cuando á pocos dias se halló atacado de una enfermedad de que muy presto lo desauacion sus curanderos. El padre, visitando como solia á los enfermos, se encontró con el obstinado viejo, y llevado de un interior impulso le prometió que si se bautizaba cobraria muy presto entera salud. Creyó el enfermo. Dejóse instruir y bautizar, y cooperando misericordiosamente el Señor á las palabras del misericordioso misionero, comenzó luego á mejorar, y dentro de pocos dias se halló sano. Por el contrario manifestó Dios

Casos raros  
de los indios.



los admirables secretos de su providencia en otro del mismo pueblo. Gozaba al parecer de una robusta salud en una edad varonil. Quemaba un dia en su era algun poco de paja en presencia del padre, y viendo atentamente la violencia y la voracidad de las llamas, le preguntó si seria así el fuego del infierno que tantas veces le predicaba. Respondióle que era infinitamente mas fuerte. ¿Y se acabará tan presto dijo el indio? Jamás, dijo el misionero. ¿Qué remedio tomaremos, pues, para librarnos de esas llamas? No hay otro alguno, dijo el padre, sino el santo bautismo. Entonces, como volviendo en sí pidió con instancia que lo acabase de instruir y lo hiciese luego cristiano. El fervor con que se aplicó á comprender las verdades de nuestra santa fé, manifestó bastantemente la sinceridad de su deseo. Recibió el bautismo el dia 22 de julio, dedicado á Santa María Magdalena con un extraordinario júbilo, y al dia siguiente amaneció muerto. A pesar de las falsas opiniones que sembraban entre ellos sus hechiceros, se bautizaron fuera de estos en pocos meses mas de cien adultos y ciento y diez y ocho párvulos.

Bautismo de los tepehuanes, y sus antiguas idolatrias.

Semejante fué el número de bautismos en la mision de Tepehuanes. En esta provincia de cuatro pueblos, que administraban otros tantos sacerdotes, se habia llegado á nueve con la nueva reduccion del partido de Ocotlán, con lo cual se estendieron las espirituales conquistas mas de treinta leguas ácia el Norte. Estos gentiles, (dice el padre Juan Fonte en la relacion que hace al padre provincial) guardan la ley natural con grande exactitud. El hurto, la mentira, la deshonestidad está muy lejos de ellos. La mas ligera falta de recato ó muestra de liviandad en las mugeres, será bastante para que abandone su marido á las casadas y para jamás casarse las doncellas. La embriaguez no es tan comun en estas gentes como en otras mas ladinas, no se ha encontrado entre ellos culto de algun dios; y aunque conservan de sus antepasados algunos ídolos, mas es por curiosidad ó por capricho que por motivo de religion. El mas famoso de estos ídolos era uno á quien llamaban Ubamari, y habia dado el nombre á la principal de sus poblaciones. Era una piedra de cinco palmos de alto, la cabeza humana, el resto como una columna, situada en lo mas alto de un montesillo sobre que estaba fundado el pueblo. Ofrecíanle los antiguos flechas, ollas de barro, huesos de animales, flores y frutas. Luego que tuvieron suficiente noticia del verdadero Dios y del modo con que su Magestad debia ser honrado, aun sin particular mandato ó insinuacion del padre,

el cacique del pueblo, acompañado de los principales el mismo dia que debian ser bautizados, despeñó el ídolo á lo mas profundo de un rio que regaba aquel valle, y vinieron todos á dar al ministro la noticia y á pedirle el bautismo. No podia apetecer el hombre de Dios prueba mas sincera de la disposicion de sus catecúmenos. Luego los bautizó, y ellos, con un contento y alegría que infundia devocion, formaron una cruz grande, la cubrieron de flores y yerbas olorosas, y en procesion, que llenaria de regocijo á los ángeles, la llevaron cantando el credo en su lengua, y la colocaron en aquel mismo lugar que por tantos años habia ocupado aquel ídolo infame. Una accion de tanta piedad sepultó con la supersticion el nombre antiguo del pueblo, que en adelante se llamó Santa Cruz. La primera entrada que hizo el padre Juan Fonte á este partido, fué, aunque no de asiento, por enero, y volviendo por octubre del mismo año estaban ya todos los cinco pueblos en estado de confesarse y recibir el adorable cuerpo de Jesucristo. Aunque en todos los paises es un acto heróico y de grande mérito á los ojos de Dios el de la sincera y humilde confesion, se puede decir con verdad, que atendida la gloriosa victoria que alcanzaban de sí mismas, para ningunos será mas digno de consideracion que en los neófitos tepehuanes. *La vergüenza que padecian singularmente las mugeres era tanta, y tanta la violencia que se hacian para confesar sus culpas, que muchas veces (son formales palabras del misionero) caen desmayadas y amortecidas á los pies del confesor, con un sudor y fatiga que es indicio de la congoja interior que padecen.* † Sin embargo de esta gravísima mortificacion confesaban cuasi todos frecuentemente, y todos con una exactitud y claridad, que mostraban bien la fé que habian concebido de la remision de sus culpas por medio del santo sacramento.

En los demás pueblos antiguos no tuvieron poco trabajo tres de nuestros sacerdotes en asistir muchos enfermos de un ramo de peste que hacia grande estrago en los pueblos vecinos de gentiles. Quiso Dios que entre los cristianos no fuese tanta su violencia. A la caridad y continua asistencia de los padres atribuian ellos mismos que hubiesen sanado con tanta brevedad los mas de sus enfermos, y preservádose del contagio la mayor parte de los nuevos cristianos. Esta pater-

Peste entre los tepehuanes y primera entrada á Tauramara.

† Era tanto el rubor de las señoritas indias mexicanas nobles en los dias de la conquista, que preguntadas en el acto de casarse si recibian por esposo al marido que tenian presente, jamás decian que sí, daban á entender su voluntad por otras acciones. No creo que hoy suceda lo mismo, despues de la conquista.



nal benevolencia les hizo amar con tantas veras á sus padres en Jesu-  
cristo, que en medio de su natural fiereza les obedecian en todo como  
unos niños tiernos. Estaban en guerra los tepehuanes del valle que  
llaman de el Aguila con la nacion de los taraumares, con quienes con-  
finan por el Norte. Los del Valle habiendo de tener sobre los bra-  
zos una nacion tan numerosa y tan valiente, determinaron pedir socor-  
ro á los cristianos tepehuanes. Estos juntaron su consejo para resol-  
ver lo mas conveniente, y habiendo sido muy diversos los pareceres,  
resolvieron enviar la noticia al padre Juan Fonte, que estaba treinta  
leguas distante en el pueblo de Ocotlán. Iban los enviados de par-  
te de todos los tepehuanes, así cristianos como gentiles, encargados de  
dar al misionero un pleno informe de todo el negocio, y suplicarle que  
les dijese lo que debian hacer: que si dando el socorro le parecia que  
se podria concluir felizmente la guerra, lo mandase, y si negándolo por  
via de negociacion y medios de paz podria tener alguna composicion,  
diese el corte que le pareciese, porque en toda la tierra, decian altamen-  
te en su consejo, se debe obedecer á los sacerdotes, y buscar de  
sus lábios el consejo en las cosas obscuras. Con esta docilidad y  
sumision pudieron sosegar los padres la cruel guerra que por muchos  
años habian hecho y hacian los acaxeés y baimoas, á quienes tenian  
reducidos cuasi á esclavitud y oprimidos con pesadísimos tributos.  
Luego que recibieron la fé comenzaron á amarlos como hermanos, y li-  
braron á los baimoas y á toda la cristiandad de Topía y Carantapa de  
una continua inquietud, de que hablaremos en la mision de S. Andrés  
y sus visitas.

Mision de S.  
Andrés.

En estas habia de asiento nueve sacerdotes repartidos en cuatro pue-  
blos principales. El padre Alonso Ruiz, superior de toda la mision, con  
otros de los compañeros, administraba el partido de S. Gregorio. El  
padre Diego Gonzalez Cueto á los sabaibos, y tenia su residencia en  
Otatitlán. El padre Gerónimo de S. Clemente cuidaba del partido de  
Topía y S. Andrés y residia ordinariamente en Tamazula; Baimoa per-  
tenecia al padre Florianio Ayerve, Atotonilco al padre José de Lomas,  
y al padre Hernando de Santarén la Sierra de Carantapa. Estas di-  
versas visitas eran todas muy semejantes en la fecundidad de cruces y  
trabajos que ofrecian á sus fervorosos operarios. Los indios, parte por  
su desnudez y parte por inclinacion, huyen de las campiñas y los valles,  
y habitan en cuevas subterráneas y en las quebradas de los montes  
donde es mas caliente el temple. Entre estos géneros de pueblos eran

grandes las distancias, las cuestas peligrosísimas, los rios muchos y  
muy rápidos, los temperamentos muy varios. A pocas leguas pasa un  
misionero de un excesivo calor á un rigorosísimo frio. Del peligro de  
los rios habla así el padre Alonso Ruiz en una suya al padre provincial:  
„Sucedió el dia de la Concepcion de nuestra Señora, que viniendo los  
padres de esta visita de tener nuestra junta en Otatitlan, partido de los  
sabaibos, les llovió tres dias, y habiendo esperado seis en el campo pa-  
ra que menguase un brazo del que les era fuerza pasar, se determinaron  
á vadearlo. Pero á poco trecho arrebató la corriente al uno de los pa-  
dres con tal fuerza, que lo llevó por muy larga distancia, donde se hu-  
biera ahogado sin remedio, si un indio fiel y animoso no se hubiera ar-  
rojado á socorrerlo. Perdió el breviario, el manteo y demás de sus po-  
bres alhajas que cargaba todas consigo. El rio no pudo vadearse aun  
despues de quince dias. A este trabajo siguió una fuerte lluvia de vein-  
ticuatro horas, que pasaron sin mas abrigo que el de una sobrecama,  
y estremamente afligidos de la hambre, que los hubiera consumido, si  
los indios de un pueblo cercano, noticiosos de su necesidad, no se hu-  
bieran atrevido á pasar dos rios para proveerlos de alimento. A la me-  
dida de estos trabajos era el gozo espiritual de que se colmaban sus co-  
razones viendo el fervor de sus nuevos cristianos. Los indios de S.  
Gregorio habian fabricado una hermosa Iglesia, que se dedicó con asis-  
tencia de todos los españoles vecinos, y mas de dos mil confesiones en  
la próxima cuaresma.

La piedad de aquellos neófitos no solo la infundia en los soldados  
del presidio y gente de las minas, que concurrían á aquel templo, sino  
que trás de la fragancia de sus cristianas virtudes, hacia correr otras  
muchas naciones de gentiles á sujetarse al suave yugo del Evangelio.  
Los xiximes, nacion fiera é indomable, que hasta entónces habian sido  
enemigos capitales de los serranos acaxeés, vivian ahora en paz y en  
hermandad, tratando y comerciando entre sí los pueblos en una ente-  
ra confianza. Venian frecuentemente á visitar al padre y á pedirle que  
los visitase. En una de estas ocasiones vieron que el indio goberna-  
dor azotaba á un zagalejo por amancebado, y dijeron que les parecia  
muy justo, pues aquello era lo mismo que robar la hacienda agena y  
despreciar la propia. Habiendo algunos foragidos de esta gente dado  
muerte á tres ó cuatro cristianos, los caciques á quienes se pasó el avi-  
so vinieron voluntariamente á entregarlos al capitan del presidio, rogán-  
dole apretadamente que luego los ahorcase. Hallábase entre los ase-

Raros ejem-  
plos de los in-  
dios.



sinos un muchacho, y el padre, movido de sus pocos años, intercedió con el capitán para que le perdonase y lo volviese á su pueblo. No lo queremos entre nosotros, replicaron los caciques; muchacho es, pero el delito es de hombre, y hombre *malvado*. † Con su muerte escarmentarán los de su edad, nuestros pueblos quedarán limpios de esta mala raza, y se conservará entre nosotros la amistad y la buena fé que hemos jurado.

La alianza contraída en los xiximes y tan religiosamente observada de una y otra parte, puso á los pueblos vecinos, singularmente á los sabaibos, en la deseada seguridad de estender sus poblaciones y de cultivar muchas tierras en que habia muchos años que no podian habitar sin un evidente riesgo de la vida, de que estos infelices hicieron dar gracias al padre Alonso Ruiz. Con la tranquilidad creció maravillosamente la devoción de los cristianos. Vienen, dice en su carta el padre Diego Gonzalez, de nueve y diez leguas á asistir al santo sacrificio con hambre tan piadosa, que oyen todas las misas que se dicen en la Iglesia, y aun habiéndoles dicho el fiscal de parte del padre, en ocasion que habia nueve misas, que oída una podian retirarse á sus casas, respondian: ¿Qué cosas tenemos que hacer de tanta importancia que nos obligue á dejar el templo? Confesábanse algunos tres y cuatro veces ántes de comulgar, con tanta abundancia de lágrimas y sollozos, que llegándolos á percibir una vez un soldado español, enternecido de tanta compuncion se dijo luego á sí mismo: *Esta india acaxe y bárbara que ahora conoce á Dios se ha de confesar con tanto arrepentimiento, y á mí, infeliz, ¿no me han de deber un suspiro mis gravísimas culpas?* Así dijo, y obedeciendo prontamente aquella santa inspiracion, se arrojó luego á los piés del sacerdote, y con lágrimas igualmente devotas hizo una confesion general que fué principio de una vida ejemplar. No fué de ménos fuerza el ejemplo de unos indios en aquel jueves santo. Lavaba el padre aquella tarde en la Iglesia los piés á doce pobres despues de haber declarado todo el espíritu de aquella humilde ceremonia. Dos indios que ayudaban al misionero con agua y toallas en este piadoso oficio se enternecieron de modo, que sin poderse contener, prorumpieron en sollozos y en lágrimas. ‡ Este es

† Hé aquí un criterio legal digno de un legislador profundo.

‡ ¿Qué dirá de esto la orgullosa filosofía humana? ¿Quién saca estas lágrimas del fondo del corazón sino la religion cristiana? ¡Ay del que no se conmueve al ver este espectáculo anualmente.... Un Dios humillado hasta este punto á los piés de doce rústicos pescadores!

pectáculo conmovió tanto á algunos de los soldados españoles que se hallaban presentes, que arrimando las espadas y adargas se hincaron á ayudar al padre enjugando y besando los piés de los pobres, con mucho consuelo suyo, y edificacion de todo el pueblo. La misericordia y liberalidad con los pobres y hospitalidad con los peregrinos mostraron bien por este mismo tiempo. Con el motivo de una grande hambre que afligió las provincias de Topía y Culiacán, les habló el padre de la limosna y de los premios con que corresponde su Magestad aun en bienes temporales. Creyeron los buenos indios las palabras de su ministro. En todo el pueblo de Ocotitlan, y respectivamente en los otros, no habia casa donde no hospedasen mas de cuatro forasteros, repartiendo con ellos la abundantísima cosecha que en la comun esterilidad les quiso dar el cielo.

Los sucesos de la mision de Baimoa, una de las mas trabajosas y mas recientes, no podemos ofrecerlos mejor á nuestros lectores, que en la curiosa carta del padre *Florian de Ayerve*, que fué cuasi fundador de los mas de aquellos pueblos, y despues provincial de nuestra provincia, escrita al padre Alonso Ruiz. El mandato, (dice) de V. R. de escribir los sucesos de este partido, me ha hallado en el sitio mas á propósito del mundo para escribir, no solo lo pasado, sino lo presente, que se siente mejor. Despues de nuestra junta, llegué á Colura con un aguacero, que comenzó á 14 de diciembre, y hoy 12 de enero, sin mas interrupcion que la de dos ó tres dias, prosigue aun y dura tan en su punto la hondura de la quebrada, que no es posible pasarla. El dia de pascua, en el pueblo que llaman de los *Borrachos*, por falta de hóstia no dije mas de una misa con una pequeña forma. El dia de año nuevo y de Reyes, los pasé en la angostura sobre un tabladillo. De la angostura fuí á Aguas Blancas, y no siendo, como V. R. sabe, mas de dos leguas, caminé desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. Siguióse á estos viages, en que muchas veces pensé ahogarme (porque como sabe V. R., se pasa la quebrada para visitar á estos pueblos mas de trescientas sesenta veces) la enfermedad de los indios, en que tuve el consuelo de quebrar mas de cincuenta ídolos, y de enviar, segun creo, al cielo á muchos que murieron poco despues de haberse confesado. En Atotónilco, vinieron doce bárbaros enteramente desnudos á pedirme fuese á su pueblo á bautizar muchos que querian ser cristianos; luego me dijeron que no podria ir allá sino por una parte donde se abren dos altísimas rocas, de que se baja á un rio muy grande, que

Mision de Baimoa.



ellos llaman en mexicano, *Hueyall*, y los de Culiacán, por donde va á entrar en la mar, lo llaman *Humaya*. Que entónces el rio iba muy hondo y muy rápido, que de allí á tres meses podría pasarlo. Les prometí que iría en aquel tiempo que me decian, que volviesen á su pueblo, y me esperasen. No quisieron apartarse de mí sin haber ántes recibido el bautismo. Aplicáronse al catecismo con tanto empeño y fervor, que en ocho dias los pude bautizar á todos, imponiéndoles los nombres de los *doce apóstoles*. Al tiempo señalado, partí allá, camino de dos dias por unos montes altísimos. El rio lo hallé profundísimo, y lo hube de pasar en una balsa que cuatro indios sobre sus cabezas llevaban nadando. Fuera de febrero, marzo, abril y mayo, todos los demas meses del año es inaccesible, porque aunque en estos meses la primera vez se pasa nadando, las otras hasta llegar al pueblo se puede vadear, y fuera de ellos de ninguna manera. Allende del rio me aguardaban como cincuenta indios, que me guiaron rio arriba, hasta llegar á un llano rodeado de montes muy altos, donde habia mucha gente. Allí determiné hacer Iglesia, y yendo para el sitio que me pareció mejor hallé mas de setecientos indios, hombres y mugeres, niños y niñas, dispuestos en cuatro procesiones, coronados con sus guirnaldas de espadañas, y palmas en las manos, cantando: *Oneya quevava ni Dios tacaca nevincame*. Creo en Dios Padre Todopoderoso. Me causó grande admiracion oírlos, y preguntándoles de dónde habian aprendido aquello, supe que los doce habian sido tan buenos maestros, que les habian enseñado á todos la doctrina; de manera, que al tercer dia en aquel puesto donde yo hice la Iglesia, y ellos mas de cien casas, bauticé cuatrocientos ochenta y dos de toda la quebrada, y dejé formado un pueblo de muchísima gente. Estuve con mis nuevos hijos algunos dias, haciéndome continuas preguntas, que no eran de poca sustancia. Una de ellas fué, que cómo me habia atrevido á entrar solo en tierra tan áspera, y que hasta entónces ningun cristiano habia pisado: que si no habia temido que me mataran y comieran. Respondíles que yo habia ido para llevarlos al cielo, donde hay mucha alegría y mucho gusto, y no al infierno, donde se quemarian para siempre: que por venir á buscarlos, habia pasado otros montes muy altos, y un rio mucho mas profundo y mas grande que aquel, y que para pasarlo era menester muchos dias. Esto les dije para explicarles el mar: que si me mataban yo seria el dichoso, y ellos los desdichados, porque Dios los castigaría, y los españoles y cristianos les destruirian sus casas y semen-

teras, como lo hicieron con los que mataron al padre Tapia, de quien ellos tenian noticia. Dijéronme que seria muy justo, pues yo no les hacia mal alguno, sino mucho bien. Aquella misma noche, como á las once, estando yo con mi recia cuartana, que no me ha dejado en todo el año, oí un ruido y tropel de mucha gente que venia corriendo con grandes alaridos ácia mi choza. Me puse en pie, vestida la sotana, con un crucifijo en las manos, y así salí á recibirlos, esperando la muerte, que creía tenian pensado darme desde el dia ántes. Dos muchachos que habia llevado conmigo, lloraban tiernísimamente á mis espaldas; pero ellos no iban sino á apagar una casilla, donde se habia prendido fuego, temiendo, como son de paja, que se quemasen todas. De allí, volví á los pueblos de Chanmayo, Batocomito, Atotonilco y S. José, con un pueblito que hice llamado Noriquito, y hallo por mi cuenta en el catálogo que hago, que habré bautizado como mil y cuatrocientos.

Semejantes cosas escriben de sus respectivas misiones el padre Gerónimo de S. Clemente, y el padre José de Lomas. Este último habia ido á la mision de Atotonilco, que por su poca salud hubo de dejar no sin dolor el padre Florian de Ayerbe. Habiendo estado quince dias en el pueblo de Santa María de Tecuchuapa con el fervoroso padre Hernando de Santarén, fundador de toda esta florida cristiandad, vinieron repentinamente dos indios á avisar que los tepehuanes habian entrado y dado la muerte á todos los que hallaron en una ranchería, y que proseguian rio arriba, matando sin distincion á cuantos encontraban, y con designio de quemar la Iglesia y acabar con el pueblo. De estos sustos pasaba muchos el padre Santarén. Tres dias ántes habian determinado acabar con el santo hombre por haberles quitado tres doncellas que habian hurtado de un pueblo vecino, y el antecedente mes de julio estuvieron tambien á punto de ejecutarlo, matando algunos acaxeos, y entre ellos al principal cacique de esta poblacion. Entre estos desconsuelos, era de un grande alivio para aquel ministro infatigable ver venir de léjos las naciones enteras á buscar la salud en el redil de la Iglesia, y dejar sus amadas serranías por poblar en sitios acomodados para doctrinarse. En pocos meses se aumentó este año el número de los neófitos en mas de mil y doscientas almas, novecientos de la nacion Sicuraba, y trescientos de los baimoas, corrieron á pedir el bautismo. No dudo, dice en su carta el padre Santarén, que á cualquiera cristiano se le saltarian de los ojos lágrimas de consuelo, y se

Trabajos de los misioneros



alentaria mucho á servir á nuestro Señor, de ver despoblarse los lugares enteros, y venir cargando los hombres á los viejos é inválidos, y las mujeres á sus hijos pequeños, con sus cortos alimentos y pobre ajuar de sus casas, y esto, no camino de un día sino de quince, que tanto duró para ellos, y tal camino, que es la sierra mas alta que hay, qual es la de Carantapa, y tan áspero, que hay parage en que cinco leguas no se andan en dos dias, y lo mas que tiene 20 leguas de largo, y este camino no para buscar oro ni plata, como lo hacen las que se llaman naciones racionales, sino para buscar á Dios, la salvacion y el agua del bautismo. Fuera de estos, tenia ya formado el pueblo de Santa Maria de Tecuchuapa con quinientas personas: el de S. Simon Yamorinca con otras tantas: el de S. Pedro y S. Pablo de Bacapa con cuatrocientos; y una legua de allí el de S. Ildefonso de Tocarito con trescientas almas recogidas á las vecindades del río zuaque de Sinaloa.

Reduccion de los sinaloas y otras naciones.

En este pais, al cultivo de los ahomes, zuaques y tehuecos, naciones recién conquistadas el año antecedente, se añadieron otras dos no ménos numerosas. El padre Carlos de Villalta entró á los sinaloas, los mas orientales de las gentes que habitaban las riberas del que ahora llamamos rio del Fuerte. En cuatro pueblos que visitó en su primera entrada, bautizó mas de quinientos, de que luego llevó el Señor para sí las primicias en cinco ó seis enfermos. Eran estos los mas bien congregados, los mas aplicados al trabajo de todo aquel pais, disposiciones que contribuyeron mucho á la feliz propagacion y rápidos progresos del Evangelio. El padre Pedro de Velasco, varon muy distinguido por su virtud, por su sabiduría y por su sangre, que habrá de representar despues un gran papel en esta historia, enviado desde fines del año antecedente á las misiones de Sinaloa, habia estado en Bacaburito en compañía del padre Juan Bautista de Velasco aprendiendo la lengua, miéntras que el capitan Diego Martinez, que miró siempre la conversion de los infieles como la parte principal de su cargo, recorria las naciones vecinas al Este del rio de la Villa, y los reducía á asientos fijos para ser mas fácilmente doctrinados. Conseguido esto por autoridad y diligencias del piadoso capitan, entró el padre á principios de febrero de 1607 á las naciones de los chicoratos, ogueras y cahuametos. Entre los chicoratos se bautizaron trescientos y veinte párvulos, noventa y siete de los chuametos, y ciento y diez de los ogueras, ínterin se instruian en la fé cristiana los adultos, á cuyos bautismos se dió principio poco despues.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



